

JULIO MARURI MOVELLÁN (1920-2018) UNA VIDA CUMPLIDA

El 30 de agosto de 2018, a los 98 de su edad, se puso fecha final a la larga vida de Julio Maruri, iniciada un 16 de julio de 1920.

En el año 2004 tuve la ocasión de redactar para el *Diccionario Biográfico Español* de la Real Academia de la Historia una breve semblanza biográfica de Julio Maruri, que era entonces incompleta, y lo seguía siendo en 2012, cuando se publicó el magno proyecto académico¹. Al escribir ahora las fechas de nacimiento y de muerte de Julio Maruri, se deja constancia de una vida larga, objetivamente extensa. Pero además de larga, la vida de Julio Maruri ha sido una vida intensa, de vivencias complejas, sublimadas en la labor de un artista, poeta y pintor, que se resiste al encasillamiento, en continua evolución y abierto al cambio («El mundo no ha cambiado, pero yo sí» escribía en 1969 en carta a Pablo Beltrán de Heredia). Julio Maruri, una vida cumplida.

La muerte de Maruri, con la de Manuel Arce, también ocurrida este verano, parece cerrar la última puerta de un tiempo rico de la vida poética y cultural santanderina, aquel *mediosiglo* en Santander, que Aurelio García Cantalapiedra, «Pity», recorrió «desde el borde de la memoria», y cuyos protagonistas han ido desapareciendo, dejándonos las huellas de su memoria y su obra². La confluencia en aquellos tiempos de personalidades poéticas de peso y trascendencia como las de José Luis Hidalgo o José Hierro, con críticos de la talla y relevancia de Ricardo Gullón, promotores de la vida cultural como Pablo Beltrán de Heredia, García Cantalapiedra o el propio Manuel Arce, imprentas audaces como la de los hermanos Bedia, y otras circunstancias, generaron un clima que sin duda favoreció la vocación poética de autores más jóvenes, como Carlos Salomón o el propio Julio Maruri. Aquella «Atenas del Norte» –

¹ Javier San José Lera, «Maruri Movellán, Julio», *Diccionario Biográfico Español*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2012, vol. XXXIII, pp. 652-653.

² Aurelio García Cantalapiedra, *Desde el borde de la memoria. De artes y letras en los años del Medio siglo en Santander*, Santander, Ediciones de Librería Estvdio, 1991.

mito evocador que Maruri rechazaba—³ se cuajó en torno a revistas y proyectos editoriales como *Proel* o *La Isla de los ratones* (entre otros), que se prolongaron más tarde en la impagable *Peña Labra*, *pliegos de poesía*⁴. Desde esta revista es desde donde se produjo una primera resurrección santanderina de Maruri, con la publicación, ya en el número 1, de algunos poemas suyos, y con la reivindicación del poeta relevante que era, en un trabajo pionero de José Manuel González Herrán, y más tarde en el homenaje a la revista y el grupo *Proel*⁵.

Sin embargo, el alcance de la vida y de la obra, poética y pictórica, de Julio Maruri está, como hemos dicho en otra ocasión, «más allá de *Proel*»⁶, en la ampliación de horizontes que le llevó de Santander a Madrid, y después a Lille, a Bruselas, a París... para retornar en sus últimos años de vida a una Santander transformada en la que el poeta ha cumplido su ciclo vital y, en cierto modo, ha recibido el reconocimiento que le era debido, a través de galardones, homenajes, antologías y exposiciones.

Este regreso tardío a Santander favoreció la evocación de una infancia y una juventud, que quedó trazada en las emotivas estampas de su *De un Santander perdido* (Santander, Ediciones Bahía, 2010). En su ejercicio memorístico el propio poeta quiso siempre destacar su condición de lector y su afición por el dibujo, las dos actividades que están en la base de su doble vocación artística como poeta y como pintor. En los datos biográficos que recoge ya en la *Obra poética*, (Santander, Bedia, 1957), obra con que consigue el Premio Nacional de Poesía en 1958, y en la *Antología* del mismo año (Santander-Torrelavega, Ediciones Cantalapiedra, 1957), el poeta señalaba el recuerdo del día de 1925 en que rompió a leer de corrido; es el mismo episodio que recrea en las primeras páginas de las memorias citadas de 2010, como queriendo subrayar que su nacimiento a la vida fue el nacimiento a la capacidad para la lectura; irían llegando después, en 1929, la seducción

³ Julio Maruri, «No creo en el mito de Santander como la Atenas del Norte», *El diario montañés*, 18 de mayo, 2003, p. 92.

⁴ José Ramón Sáiz Viadero, «*Peña Labra* (Santander, 1971-1989) en el panorama de revistas poéticas de Cantabria, en Manuel José Ramos Ortega, coord. *Revistas literarias españolas del siglo XX*, Madrid, Ollero y Ramos, 2006, vol. 3, pp. 247-302.

⁵ «Dos poemas de Julio Maruri» y «Libre poética», *Peña Labra* n° 1. otoño 1971 (pp. 2 y 9); José Manuel González Herrán, «Recuperación de un poeta: Julio Maruri», *Peña Labra*, n° 3, primavera 1972, pp. 41-43; Homenaje a *Proel*, *Peña Labra* 8 (1973).

⁶ Javier San José Lera, «Dos «proeles» para la poesía: Carlos Salomón y Julio Maruri (más allá de *Proel*)», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 87 (2011), pp. 241-261.

de pasajes del Antiguo Testamento y el descubrimiento del ser imaginario en la lectura escolar en voz alta del *Quijote*; el contacto con las novelas de Pereda en Pesúes, entre los libros del abuelo, en 1933 y después la fascinación por el modo de contar de Manuel Llano, a quien llegó a conocer personalmente. Después de las lecturas juveniles, «semi-silvestres» –*Los tres mosqueteros*, *Los hijos del capitán Grant*– vino el descubrimiento de Óscar Wilde, en 1936, vísperas bélicas que interrumpieron a tantos, tantas cosas. Lecturas posteriores de Baroja, Lorca... y el lanzamiento al trato y amistad con los poetas; más tarde – ya en Francia– Malraux, Camus, Sartre... Y siempre, Antonio Machado.

En Madrid conoce a Vicente Aleixandre y entra en contacto con el ambiente poético de la capital (Dámaso Alonso, Carlos Bousoño, Vicente Gaos, Rafael Morales, José Luis Cano, Carmen Conde, Concha Lagos...) desde la tertulia de la casa de la calle Velintonia 3, espacio que debería ser ya no casa, sino templo de la poesía española, y que se ve hoy amenazado por el abandono y la desidia de las autoridades, incapaces de llegar a un acuerdo para adquirirla y consagrarla. Manuel Arce recuerda en sus memorias cómo Maruri escribió a Aleixandre una preciosa carta para presentarle al maestro al jovencísimo poeta, «bajo esa gloria de Velintonia»⁷. En Madrid se pone en marcha la escritura de los poemas que pasarán a formar parte de su primer libro, *Las aves y los niños*, que publica en 1945 la editorial Proel. Aleixandre le dedica poco después un retrato en prosa, «La encarnación de Julio Maruri», recogido en el libro del Nobel *Los encuentros*.

En el año 1947 publica su segundo libro poético, *Los años*, con el que obtiene el accésit del premio Adonais de ese año, que gana su amigo José Hierro. Esta fase de su poesía presenta poemas de formas sencillas y tonos melancólicos, que mezclan ternura y amargura. Una «engañososa ternura», como definió con acierto magistral la obra de Maruri el catedrático salmanticense Víctor García de la Concha, que percibe allí una intensa presencia de angustia quevedesca por el paso del tiempo⁸.

Si en los datos biográficos a los que me he referido anteriormente, situados al cierre de *Obra poética* y de *Antología* (1957) se lee la voluntad de trazar su biografía lectora, como el cimiento de su creación poética, también en ellos rememora sus estudios de dibujo y

⁷ Manuel Arce, *Los papeles de una vida recobrada*, Ediciones Valnera, Cantabria 2010, p. 38.

⁸ Víctor García de la Concha, «Julio Maruri o la engañosa ternura», en *La poesía española de posguerra*, Madrid, Editorial Prensa Española, 1973, pp. 507-515; recogido después en *Poesía española 1935-1975*, Madrid, Cátedra, 1987, págs. 660-666.

técnica del temple iniciados en 1933. En la evocadora entrevista que le realiza en 2003 Armando Arconada para la *Revista de Cantabria*, recordaba el poeta cómo esos estudios fueron consecuencia de la necesidad de corregir su mala letra, con la ayuda de José Herrera, en cuyo taller de cartelista trazó Maruri sus primeros dibujos⁹. La visita a una exposición de Solana, el conocimiento de la obra de Pancho Cossío son momentos de deslumbramiento pictórico. Maruri simultáneamente a su actividad poética, cultiva la crítica pictórica, escribe prefacios para catálogos de exposiciones e inaugura su primera exposición de dibujos en el Saloncillo de *Alerta* en Santander (1948). Participa más tarde en las conversaciones de la Escuela de Altamira (1949), con la que se introduce el conocimiento directo de la abstracción pictórica europea en el espacio cultural santanderino.

Lo que parecía una vida lanzada a la realización excelente de la doble vocación, poética y pictórica, se interrumpe de manera inopinada como consecuencia de la crisis personal que lleva a Julio Maruri a ingresar en la orden de Carmelitas descalzos y convertirse en 1951 en el fraile carmelita fray Casto del Niño Jesús. Sorprendente giro vital que alejó a Maruri de los círculos artísticos que frecuentaba: «la Sala se resiente de tu ausencia. Los hermanos Bedia, aunque siempre estuviesen regañando contigo, te echan de menos; falta esa persona que se ocupe de todos los detalles, como tú hacías», le escribe Pablo Beltrán de Heredia en noviembre de 1950.¹⁰ Aunque ese alejamiento físico no implica el abandono de la creación: con su nombre nuevo firmará algunos libros poéticos (*Unos poemas*, Santander, Clásicos de todos los años, 1959) y presenta también exposiciones de su obra pictórica, realizada en el espacio conventual, como las llevadas a cabo en la librería Fernando Fe de Madrid (*Artistas de hoy: fray Casto*, 1958) y en la Galería Sur de Santander (1958)¹¹. Su apuesta por una modernidad plástica, se confirma en exposiciones posteriores en Madrid, Barcelona, Bruselas y París. Lille y Bruselas son las ciudades en las que se asienta el carmelita Julio Maruri y desde las que entra en contacto con la modernidad europea. Y sus

⁹ Armando Arconada, «Julio Maruri. El regreso del hijo pródigo», *La revista de Cantabria*, abril-junio 2003, pp. 6-10

¹⁰ *Correspondencia con Pablo Beltrán de Heredia 1950-2004*, Santander, Ediciones La Bahía, 2009, p. 18.

¹¹ Salvador Carretero Rebés y José María Lafuente Llano, «Julio Maruri: de niños y payasos, de Altamira, de escalas trascendidas», en *Julio Maruri*, Santander, Museo de Bellas Artes, 2003, pp. 53-98, p. 77 n. 83 y 84.

visitas a museos, galerías y el contacto con artistas y mecenas mantienen viva su actividad, enmarcada en el contexto de la vida religiosa que abraza.

Pero el inquieto fraile artista vuelve a dar un giro inesperado a su vida, saliendo de la orden Carmelita en 1965, abandonando el convento de Bruselas y retomando ya de manera definitiva su nombre seglar, Julio Maruri, para asentarse en Francia y dedicarse a la enseñanza de pintura para niños y adolescentes primero en la École des Samuels, en Vieux-Moulin, donde permanecerá hasta 1978, y después en Noyon, hasta 1985 en que se jubila. Años fértiles en que se va cuajando un artista nuevo, un nuevo poeta y un nuevo pintor, un poeta de voces diferentes y de motivos pictóricos alejados de sus dibujos tempranos, que con el correr de los años generarán esas peculiares formas de fuerza expresionista en sus damas, sus escalas y sus guerreros. Sorprendente Maruri, que se sorprende a sí mismo, declarándose: «...incapaz de imaginar anteriormente que fuera portador de tales voces...» (*Como animal muy limpio*, Santander, La Sirena del Pisueña 2004)¹². Voces que sorprenden y que añaden a lo social comprometido matices de ironía, humor y sarcasmo y una concentración lírica novedosos en la poesía española¹³.

El sosiego vital alcanzado por el artista en esos años franceses se proyecta sobre su peripecia creativa, que avanza lentamente, pero sin pausa en el trabajo. «Todo viene del trabajo (...) La poesía y la pintura están en mí como en un puchero en el fogón haciendo burbujitas a lo largo de las semanas» (*Paseando con Sabine Mamou*, Madrid, Cruce Ediciones 2002). La imagen del puchero recuerda el lento cocinarse de las nuevas obras de Maruri; las poéticas (*Entre Laredo y Holanda*, de 1970 –editado por Pablo Beltrán de Heredia–, creció en 1993 para convertirse en una primera versión de *Como animal muy limpio*, –recogido en *Algo que canta sin mí* (San Sebastián de la Reyes, Universidad Popular) –, y después completado, reordenado y añadido en la edición del libro de 2004 para la Biblioteca Poética de La Sirena del Pisueña); y las pictóricas, como recordaba el propio artista: «Yo no soy de los de a diario. Pueden pasar semanas y hasta meses entre una cosa y otra. Llega el momento en que ya no sale nada. Y entonces me paro» (*Paseando con Sabine Mamou*).

¹² Javier San José Lera, «Las voces de Julio Maruri», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* LXX (1994), pp. 271-314.

¹³ Javier San José Lera, «Dos «proeles» para la poesía: Carlos Salomón y Julio Maruri (más allá de *Proel*)», *Boletín de la de Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 87 (2011), pp. 241-261.

La vida francesa de Maruri continúa intensamente en París, y en un ir y venir a Santander, hasta que decide el regreso definitivo a su ciudad natal: «esta es mi tierra, mi bahía, mi Sardinero, el faro, aquí pasé mi infancia...»¹⁴. «He vuelto a hablar pejino», me decía en carta personal (1 de octubre de 2004) en la que se despedía de mí con un emocionante «hijuco». Su definitiva instalación en la ciudad a partir de 2004— ha permitido el reconocimiento público de Maruri, con galardones (Premio Honorífico Ciudad de Santander en 2015, Estela de Oro de las Letras de Cantabria en 2018), homenajes, exposiciones (la espléndida del Museo y del Mercado del Este en 2003, la de la Galería Siboney en 2012) y ediciones, la última de las cuales es una nueva *Antología poética* en la emblemática colección de Chus Visor, (*Visor de Poesía*, Madrid 2014).

Hemos perdido al hombre, que se lleva consigo las experiencias de su vida cumplida, el ingenio juvenil que evocan quienes compartieron con él paseos y vivencias, el encanto de su palabra, de su despierta inteligencia, su ingenuidad de niño, de «raquerillo soñador», como le llamó Gerardo Diego¹⁵, su interés por los sacerdotes obreros, el creciente compromiso social y su sensibilidad hacia lo humano: «He conocido algunos españoles exiliados hospitalizados en Fontainebleau, y los visito los domingos. Hay verdaderas tragedias y suelo volver al convento hecho polvo», le escribe a Beltrán de Heredia desde Avon en mayo de 1953. Maruri se muestra en todo su esplendor humano y creativo, sin demagogias ni máscaras, en las cartas personales; el precioso volumen (¡lástima que no incluya un índice onomástico!) que entrelaza las cruzadas con Pablo Beltrán de Heredia nos muestran los cercas y los lejos del poeta y del pintor desde el momento de su noviciado en 1950 hasta las puertas del regreso a Santander en 2004.¹⁶

Hemor perdido al hombre, pero nos quedan sus obras («Juliuco, la poesía queda», como le dijo en su día Carlos Salomón) y la obligación de hacer perdurar su nombre, como el poeta deseaba: «Yo tengo una obsesión: que mi nombre quede», afirmaba Maruri en una de las conversaciones con su amiga Sabine Mamou (*Paseando...*). Curiosa obsesión del poeta al que es necesario indexar en las historias de la literatura con dos nombres; obsesión que ya se percibe en fecha tan

¹⁴ Julio Maruri, «No creo en el mito de Santander como la Atenas del Norte», *El diario montañés*, 18 de mayo, 2003, p. 92.

¹⁵ Gerardo Diego, «De Julio a fray Casto», *ABC*, domingo 2 de febrero, 1958, p. 64.

¹⁶ *Correspondencia con Pablo Beltrán de Heredia 1950-2004*, Santander, Ediciones La Bahía, 2009; la cita en la p. 30.

temprana como 1946, cuando en la carta que le escribe a Vicente Aleixandre para presentarle al maestro al jovencísimo Manuel Arce, que iba a visitarle, les pide «desde aquí que hagáis sonar mi nombre para que en cierta parte, pueda yo estar entre vosotros, en el pequeño jardín inolvidable, al lado del cedro joven»¹⁷.

Entre nosotros permanece el recuerdo del hombre, del artista de dos nombres y doble vocación, y de su nombre para la posteridad: Julio Maruri. Un poeta inclasificable y complejo, que merece espacio propio en el panorama de la poesía española contemporánea, no solo por su aventura de *Proel*, sino por su camino posterior hacia la esencialidad y casi, abstracción poética.

Sirva ya de cierre de esta rápida semblanza conmemorativa el poema «Última playa», publicado primero en *Peña Labra* y recogido después en *Algo que canta sin mí* (1993), y finalmente en *Tendiendo al añil las manos*, el último manojito de poemas recopilado en los Pliegos de Poesía Son de Sirena 6 (2005). Recogen en esencia la trayectoria, en un ir y venir de pajaruco, de su vida cumplida:

«Última playa»

Se desnudó y entró en el mar
y bautizó su soledad.
Salió del mar, miró a la luna:
Le dejó en prenda sus preguntas,
y descalzo, a los arenales,
las huellas de sus pies mortales.
Alegría
de renacer con el día y el oriente:
la sola luz evidente.

JAVIER SAN JOSÉ LERA
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

¹⁷ Manuel Arce, *Los papeles de una vida recobrada*, Ediciones Valnera, Cantabria 2010, p. 38.